LAURA BRUNET

Desnudismo Integral

La obra del día.
La obra que apasiona y sojuzga.

Ilustraciones de todos los campos desnudistas del mundo

Precio 8 pesetas.
En tres días se ha agotado el primer millar en Barcelona

Se remite sin aumento, contra envío de 8 pesetas en sellos de correo.

Nº 16

Pasatiempos

30 cts.



Las chicas del estanquero

Edición

PASATIEMPOS

PUBLICACION SEMANAL

AÑO I Sale los martes NUM. 16

J. OLMEDO

Las chicas del estanquero

I

Confieso francamente que la impresión que me produjo aquel pueblo al verlo por primera vez, fué totalmente opuesta a la estampa gris y desagradable que en relación a su aspecto habíame forjado en la imaginación, antes de conocerlo.

San Ramón del Pinoverde no era uno de esos poblachos destartalados, míseros y tristes, sino un pueblecito alegre y luminoso, muy limpio y rodeado todo él de tierras cultivadas y bosques de pinos. Una magnífica carretera lo atravesaba y le ponía en comunicación con el mundo. Las "villitas" nuevas y un tanto pretenciosas que se alzaban a la entrada de la calle principal, denunciaban aquel lugar como punto escogido

para el veraneo por no pocos burgueses de la capital.

La vista de todo esto me reconfortó el ánimo. Donde esperaba encontrar un rincón sórdido y angustioso, capaz de embotar el espíritu a cualquiera se me presentaba este oasis riente y prometedor.

Yo iba a San Ramón de Pinoverde a hacerme cargo de la titular de médico, vacante entonces, a la cual había optado por dos razones.

Una era que después de obtener mi título me encontraba con que no sentía verdadero entusiasmo por la Medicina, y para ser un médico más en la gran ciudad, uno de tantos mediquillos oscuros que vegetan resignadamente, sin aspiraciones de ninguna clase que llenar en su carrera, preferí la titular de un pueblo, no sólo por aquello de que más vale ser cabeza de ratón..., sino por la positiva y egoísta comodidad de tener seguro el sustento sin haber de preocuparme en buscar una modesta y poco lucrativa clientela.

La segunda razón y quizá la más poderosa, era que, aunque tarde, me había descubierto una firme vocación por la literatura, y pensé que en la vida remansada de un pueblecillo me sería más fácil dedicarme a ejercitarme en las actividades literarias que no en la tumultuosa y estridente de la capital en donde las preocupaciones de índole pecuniaria no dejarían lugar alguno para el desarrollo de dichas actividades.

—¡Aquí si que voy a trabajar a gusto y de

lo lindo! — pensé al descender del autobús en la plaza de San Ramón del Pinoverde.

No quise hospedarme en la fonda, sucia y oscura, y con un enjambre de moscas capaz de acabar con todos los huéspedes a fuerza de picotazos.

Pregunté entonces si alguien querría darme alojamiento en una casa particular, y se me indicó la del señor Ambrosio, el estanquero.

Mi informador, un mozalbete de unos dieciséis años, de avispado aspecto, comenzó a deshacerse en elogios de tal hospedaje.

—Allí estará usted como los propios ángeles— me decía—. La habitación es de lo más clara y mú grande, y el señor Ambrosio y su mujer lo tratarán a cuerpo de rey. ¿Si usted quiere que le acompañe?...

—Bueno, vamos allá — asentí—. Al fin y al cabo ese hospedaje me ofrece la seguridad de que llueva y truene nunca habré de quedarme sin tabaco.

Sonrió maliciosamente mi guía para decirme:

—Y que endimpués tié usté allí otras cosas más güenas que el tabaco pa darse gusto... al menos con la vista.

—¿Y qué cosas son esas?—pregunté distraidamente, y, por lo tanto, sin ningún interés, sabiendo la costumbre que tienen los palurdos de ponderar exageradamente cualquier estúpida futesa con que cuente su pueblo.

—¡Andá!—exclamó, como escandalizado de mi

ignorancia.—Pus na menos que las hijas del señor Ambrosio.

—¡Ah! ¿Conque tiene hijas ese señor, eh?—dije, con la misma indiferencia de antes.

—¡Pus digo! ¡Y que no están güenas ni ná!

—Claro, en este pueblo, con este clima tan bueno, todo el mundo debe gozar de excelente salud, ¿no?—dije, por decir algo.

—No es respetive a la salú que están güenas las mozas del señor Ambrosio solamente—protestó el muchacho,—sino que yo lo digo por lo riferente a lo hermosotas que son.

—¡Ah, caramba! Bueno es saberlo — respondí, sin gran convencimiento, por la misma razón que antes apunté.

Y llegamos a la casa del señor Ambrosio. Sobre la puerta el gran rótulo de madera con los colores nacionales y unas letras negras pregonaba que allí estaba la expendeduría de tabacos del pueblo.

Mi guía explicó al dueño de la casa el objeto que allí nos llevaba y pasamos al interior.

La habitación resultaba, en efecto, muy espaciosa y ventilada. Me satisfizo, así como el carácter del señor Ambrosio y su esposa, unos rústicos, sencillos y afables.

En cuanto a las hijas del matrimonio... éstas merecen capítulo aparte, como dicen los folletinistas.

II

Llamábase la mayor de las hijas del estanquero Teodomira.

Un nombre horrible, ¿verdad?

En cambio, la muchacha era cosa soberanamente espléndida.

Tan soberanamente espléndida como su hermana, e hija menor del señor Ambrosio, la cual también usufructuaba un patronímico de alivio: Eladia.

Ciertamente, el chaval que hasta aquella casa me condujo, no me había engañado al ponderármelas. Y sin embargo yo me llevé el gran chasco al verlas, pues aunque por los informes del mocito me hallaba ya enterado de que tanto Teodomira como Eladia eran muy hermosas, me había figurado su hermosura al gusto campestre, es decir, una hermosura comparable a la de las vacas sanas y lustrosas, o lo que es lo mismo, unas muchachotas rollizas y coloradas, de carácter áspero y gustos bajunos; pero lo que la realidad puso ante mí fué dos jovencitas pulidas, desenvueltas y elegantes que nada tenían de campesinas y sí parecían, en cambio, unas lindas y pizpiretas mecanógrafas o modistillas de gran ciudad; ni un detalle les faltaba para poder pasar por tales: las cejas depiladas, las pestañas embadurnadas de rimmel, los labios pintados, las uñas pulimentadas y los vestidos inverosímilmente ceñidos al cuerpo. La clave de todo esto la tuve una hora después al

enterarme por boca de las propias interesadas, que amba sestudiaban en la capital; la mayor para abogada, la menor, de más modestas aspiraciones, para maestra. Su padre, que tenía algún dinerillo, según él; una no despreciable fortuna, según sus convecinos, se permitía el lujo de darles carrera a sus dos "vástagas", como el decía.

Mientras duraba el curso ,ellas permanecían en la capital con una tía suya que en ésta residía, pero las vacaciones las pasaban cn San Ramón del Pinoverde, junto a sus padres. Sólo hacía cuatro días justos que se hallaban en el pueblo cuando llegué yo. Era a finales de junio.

En seguida nos hicimos muy buenos amigos Teo, Ela — con estas graciosas contracciones disimulaban las jóvenes la fealdad de sus nombres de pila — y yo.

Como el pueblo no tenía nada importante que ver y sí en cambio disfrutaba de unos magníficos alrededores, Teo y Ela, siempre serviciales para conmigo se me ofrecieron como "cicerones" para recorrer los bosques inmediatos, cuyos rincones más ocultos conocían a ciegas. No creo necesario esforzarme en asegurar aquí que acepté con verdadero júbilo el ofrecimiento. A un hombre que presuma de tal, siempre le resulta agradable la compañía de dos muchachas bonitas, máxime si esa compañía tiene lugar en un bosque solitario y el hombre posee el convencimiento de que ambas se perecen por él. Y un servidor de ustedes que sabía cuán tierna-



Al besarla una vez sobre el hombro...

mente me distinguían mis nuevas amiguitas y que sentía la comezón erótica de conquistar a ambas al mismo tiempo, consiguiendo así el mejor galardón de mi vida de hombre galante, no iba a ser tan primo que desperdiciase la ocasión que ellas mismas me brindaban, no sé si ingenua o intencionadamente. (La modestia me estorba en algunos casos).

Desde el día siguiente nuestras excursiones tuvieron lugar cotidianamente.

Mi plan de ataque era sinuoso y traicionero. Consistía en ir obteniendo al principio victorias ínfimas al enemigo, y así, cuando éste se hallase más confiado y no hiciesen ya en su ánimo mella las contínuas e insignificantes escaramuzas, emplear contra él todas las reservas y vencerlo con unas cuantas batallas de vigoroso y escalonado empuje.

Comencé por tutearlas y obligándolas a que me tutearan a mí. Luego vinieron aproximaciones y rozamientos "completamente casuales". A la tercera excursión que realizamos ya las cogía a ambas por los brazos desnudos, situándome entre ellas al caminar bajo la fronda olorosa y saludable de los pinos.

Estos pequeños escarceos parecían pasar desapercibidos para mis bellas acompañantes, o al menos ellas ni siquiera los acusaban.

Su pasividad me envalentonó de tal forma, que al sexto día de nuestras salidas, mis dedos pulgares conocieron el dulce calor de nido perfumado de las axilas de Teo y Ela. Este avance

provocó la primera protesta por parte de la hermana menor, protesta que salió de sus labios entre un raudal de risas. Ela era extremadamente nerviosa, y el contacto de mi dedo con su sobaco la hacía extremecerse de voluptuoso cosquilleo.

—¿Tienes cosquillas?—la pregunté.

—¡Oh, muchas!—respondióme.

—¿Ahí solamente?

—En todo el cuerpo—contestó ingenuamente.

Dicen que la ocasión la pintan calva y es necesario agarrarla por su único pelo, por lo cual, ni corto ni perezoso, situándome a la espalda de la ingenua, la rodeé con mis brazos su cuerpo en un segundo y, exclamando: "Vamos a ver si es verdad", puse mis labios en su nuca y le propiné un beso succionante, delicioso, capaz de hacer morir de rabia a Greta Garbo.

La chiquilla se estremeció convulsivamente y trató de escapar, inútilmente: una de mis manos habíase hecho dueña de un seno, esférico y apretado, y lo estrujaba con erótica delectación, mientras la otra, rodeando su vientrecillo de virgen de diecisiete años, hacía presión sobre él atrayendo su cuerpo hacia mí con tal fuerza que mi virilidad enardecida se incrustaba en la canal divisoria de su grupa, de juvenil dureza.

—¡Suéltame!—exclamó.

Mas en lugar de obedecerla, lo que hice fué arreciar en mis besos y continué acariciando el tesoro de su cuerpo joven y fragante.

Ya no volvió a protestar ella. Extremadamente

sensible a mis caricias, a causa quizá de su hiperestesia, no cesaba de reír a carcajadas cada vez que mis dedos oprimían los botoncillos de los pechos o recorrían las suaves sinuosidades de su vientre, de sus caderas y de sus muslos por encima de las telas levísimas de sus vestidos. Y cuando recibía cada uno de mis besos absorbentes como ventosas en el cogote, en los hombros o en los lóbulos de sus orejitas nacaradas, lanzaba un un gritito estridente que terminaba en un suspiro ronco, quebrado.

A dos pasos de nosotros, Teo contemplaba la escena absorta sin osar intervenir en defensa de su hermana.

Al besarla una vez sobre el hombro, Ela venció la cabezá hacia atrás y, alzando los brazos, me rodeó con ellos el cuello. En seguida, más por instinto que por reflexión, adiviné lo que quería. Sus labios, abiertos en un ininterrumpido suspirar, eran, sin hablar, bien elocuentes, y los míos, entendiendo claramente la llamada, se lanzaron voraces sobre ellos.

La voz de Teo, enronquecida por la indignación, vino a sacarnos de nuestro paraíso.

—¡Basta ya! — había exclamado solamente la hija mayor del estanquero.

Pero bastaron estas dos palabras para inmovilizarnos y para que volviésemos la vista hacia donde Teo se hallaba.

Y la vimos dirigirnos una mirada dura de reproche.

Me aproximé a ella confuso y la supliqué que me perdonase.

Una cosa inesperada ocurrió entonces, y fué que Teo, arrojando sus brazos a mi cuello, ocultó su rostro en mi pecho y se echó a llorar desconsoladamente.

Ni Ela ni yo sabíamos a qué podía obedecer aquella crisis sentimental. Apurados ambos, nos esforzábamos en tranquilizar a Teo con nuestras palabras de consuelo e intentamos averiguar la causa de aquel llanto. Hasta que, por fin, serenándose un poco, Teo exclamó, enche pucheros:

—¡Es que yo... es que yo, también tengo cosquillas!...

Lanzamos a un mismo tiempo una carcajada Ela y yo.

Y poniéndola bajo el mentón e ldodo índice de mi mano derecha, obligué a Teo a alzar el rostro hacia el mío. La enlacé po rla cintura, la besé en la boca y fuí repitiendo todo lo hecho con Ela. Sólo hubo una diferencia que redundó en mi beneficio, y ésta fué que, como Teo era mujer más hecha que su hermana, los salientes de su cuerpo tenían una mayor exhuberancia que hizo que el juego resultase más deleitoso que con Ela.

Y por aquel día no hubo más.

III

He dicho que aquel día no hubo nada más, y he mentido sin querer, porque lo hubo, ¡vaya si

lo hubo! Ahora bien, casi se me puede perdonar la equivocación en gracia a que no fué precisamente aquel día, sino aquella noche cuando ocurrió lo que voy a relatar.

Siguiendo la sana costumbre que hay en los pueblos de acostarse temprano, yo solía hacerlo en San Ramón del Pinoverde a eso de las once y media, es decir, a la hora en que la familia del señor Ambrosio también lo efectuaba, pero la noche a que me refiero, sea porque el acontecimiento de por la mañana me había puesto algo nervioso o fuera por lo que fuese, el caso es que me hallaba muy desvelado, y cuando todos se retirarón a descansar, me quedé en el comedor leyendo el periódico que raramente hojeaba desde mi arribada al pueblo: Teo y Ela eran para mí en aquellos días un libro abierto que no me cansaba de repasar... y con él tenía bastante.

A eso de la una me entré en m icuarto y me acosté, pensando en mis amiguitas.

¡Teo, Ela! ¡Qué deliciosas las dos! Si me hubieran preguntado cuál de ellas me gustaba más, me hubiera visto en un compromiso para responder concretamente.

Ela tenía toda la gracia de la adoslecente. Ingenua y descarada a un tiempo, en su boca siempre florecía un sonrisa irónica temible.

Aun no había llegado su cuerpo a la plena sazón, mas era esbelto y de una felina elasticidad que suplía en lascivia la exhuberancia de formas de que carecía por entonces.

Los ojos de Ela no eran grandes, pero en ellos

ardía siempre una llamita de picardía que les prestaba un poderoso encanto. Tenía el pelo castaño y la piel de un suave tono ambarino.

En Teo había más serenidad que en su hermana, tanto en el rostro como en las líneas corporales.

Teo era alta, juncal, de pelo negro — que despedía destellos azulados como un casco de empavonado acero, — y de blanca epidermis que tenía algo de inmaterial. Sus ojos negros, grandes y almendrados, contrastaban bellamente con la blancura del rostro, que se coloreaba vivamente en las mejillas. Solamente la boca amplia y de labios finos que decían sensualidad, rompía la quietud de este rostro como un grito de rebeldía; labios que incitaban al beso rabioso, al mordisco salvaje y embriagador.

¡El cuerpo de Teo sí que era magnífico y arrebatador! Los senos se adelantaban en el busto henchidos y punzantes, como una provocación al deseo masculino. Al andar la muchacha, estas dos mágicas esferitas titilaban de un modo turbador y perturbador, y sus remates picudos parecían querer desgarrar las telas finísimas que las aprisionaban, como deseosos de mostrar a la admiración pública el tesoro del que formaban parte integrante.

Las piernas firmes y torneadas y los muslos apretados en cuya confluencia se guardaba celosamente la joya preciadísima de su sexo origen — joya cuya conquista, junto a la de otra igual que poseía su hermana, constituía para mí en

aquellos días el aliciente más poderoso de mi existencia—, se resolvían majestuosamente en la curvatura perfecta y potente de las caderas.

Evocando a Teo desde la cama, por una asociación de recuerdos, la imaginacion me llevó a pensar en que la habitación de la estupendísima joven se hallaba pared por medio de la mía y que a ambas las ponía en comunicación, en otro tiempo, una puerta que por aquel entonces, como es natural, no se utilizaba (¡Qué más hubiese querido yo!).

La puertecita en cuestión no tenía el menor resquicio por el que se pudiera atisbar la alcoba contigua. En cambio era un receptor formidable de las voces y ruidos que en ésta se producían. Yo la apreciaba en este sentido tanto como si fuera un Phillips o un Telefunken, porque me proporcionaba unos ratitos muy sabrosos. Claro está que la imaginación mía contribuía poderosamente al mayor éxito de la misión de la puertecita; sin aquélla, seguro es que ésta no hubiese valido un pitoche para el caso. Pero yo poseo una imaginación exaltadísima y poderosa la cual me permitía "ver" todas las noches a Teo mientras se desnudaba, con auxilio de los rumores que me traía mi receptor, rumores ínfimos que percibía a fuerza de aguzar el oído.

Así la "veía" despojarse del vestido, de la combinación. La "veía" con una breve camisita que le cubría no más los senos y el vientre, camisita que se quitaba luego quedando solamente con el sostén de tul que trasparentaba las manchitas os-

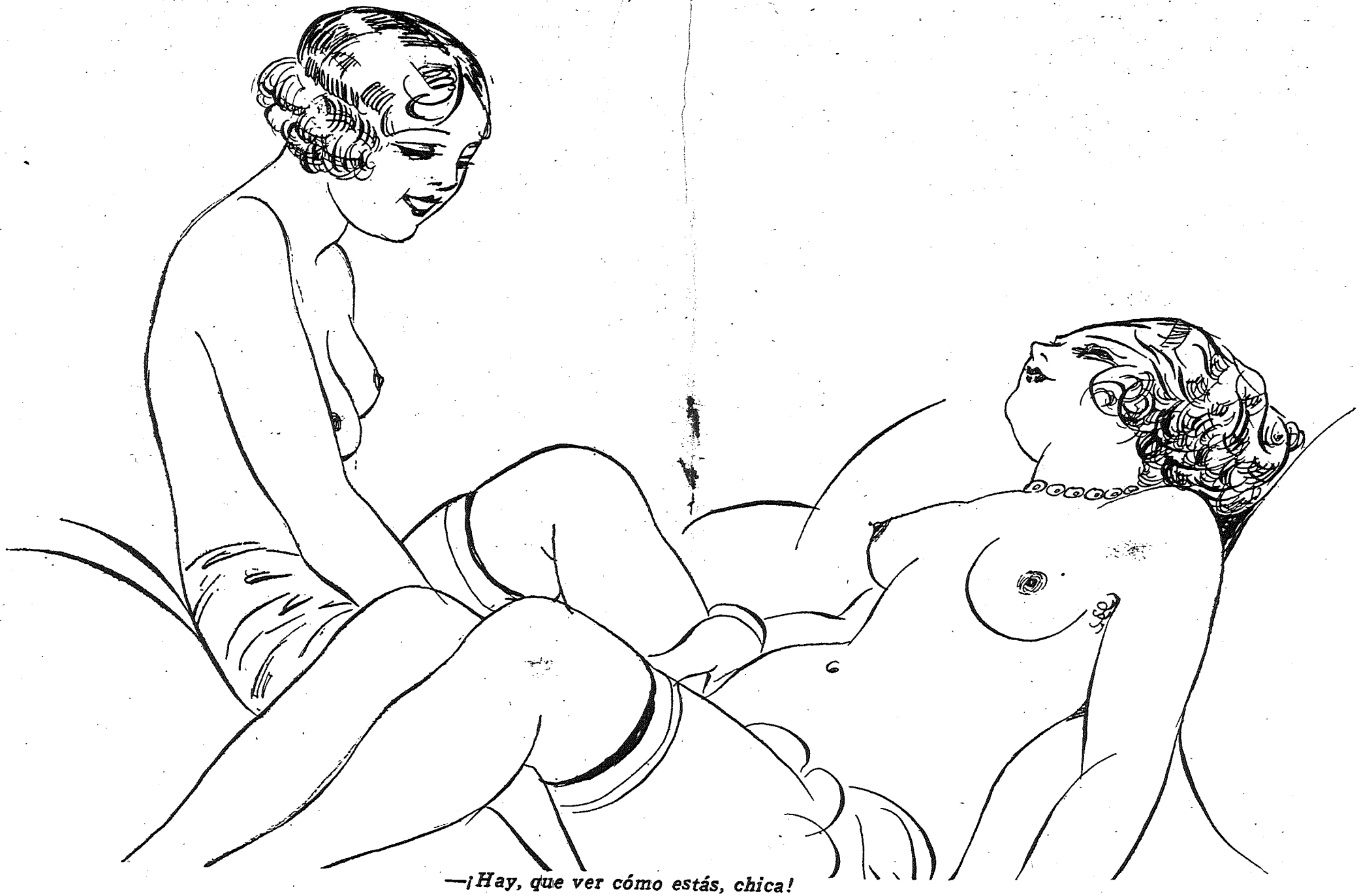
curas de los pezones sabrosos, y los pantaloncitos minúsculos, imaginándomela como una bayadera oriental, con el vientre al descubierto, en el que el ombligo, al moverse, guiñaba un ojillo burlón.

Saltaba el sostén, caían los pantalones, y Teo se me aparecía como una Venus de este siglo, con medias de seda y zapatos. Los senos ebúrneos y el sedoso y negro lunar de amor, tomaban en mi mente visos de cosas reales y palpables.

Un leve crujido del sommier me anunciaba que mi vecinita se sentaba al borde de la cama para quitarse las medias y entonces... ¡oh, entonces la imaginación se desbordaba y me inundaba de delicia, porque yo "veía" a Teo montar una pierna sobre la otra para realizar más cómodamente su tarea y la hendidura sublime de su sexo, los labios de la roja herida de amor, abiertos y húmedos se me brindaban a mi voluptuosa contemplación.

Después... Teo debía ponerse el camisón de dormir. Un momento más tarde el sommier murmuraba alborozado al sentir todo el peso de aquel cuerpo divino. Se oía el chasquido del conmutador eléctrico, y todo quedaba concluído.

Algunas noches a todos los rumorcillos que percibía cotidianamente, había que añadir el susurro alegre y cantarín de agua a la que se da libertad, que mi amiga producía al utilizar cierto recipiente de uso exclusivamente nocturno. Un extraño cosquilleo de placer me recorría todo el cuerpo siempre que esto sucedía, pues con más precisión y detalle que nunca me representaba



—¡Hay, que ver cómo estás, chica!

entonces la graciosa espita de la cual manaba aquella agua susurrante, espita que yo hubiese taponado muy gustosamente con el magnífico tapón que para estos menesteres poseo, y que, adivinando mi deseo comenzaba en tales momentos a dar muestras bien patentes de su existencia.

No esperaba en la noche de referencia, por lo avanzado de la hora, percibir ninguno de los ruiditos dichos, mas llamóme la atención ver que por debajo de la puerta medianera se filtraba una rayita de luz, señal inequívoca de que Teo se hallaba aún **despierta.**

¿Se hallaría indispuesta? Presté atención a ver si se quejaba, y con enorme sorpresa escuché el murmullo de una conversación sostenida en voz baja.

La curiosidad me picó. ¿Quién podría ser el venturoso mortal que a tales horas se hallaba en amigable coloquio con Teo?

Librárame Dios de pensar mal, pero a buen seguro que no era su madre.

No es de muy buena educación escuchar tras las puertas, pero, ¡qué caramba! el caso era como para intrigar al más indiferente, y yo, que no podía serlo tratándose de ninguna de las hijas de mi patrón, salté con sigilo de la cama y pegué el oído a la dichosa puertecilla.

Respiré tranquilo. Quien hablaba con Teo era su hermana, la saladísima Ela, y lo que se decían, tú mismo, lector, juzgarás si es o no interesante y como para colmar mi satisfacción.

Debían estar las dos hermanas metidas en la

cama, por cuanto no se las oía moverse por la habitación y sí de vez en cuando percibía el gemido del sommier.

Hablaban de mí; mejor dicho, de lo que aquella mañana habíales acontecido conmigo. Ambas se mostraban satisfechísimas.

—Yo no te lo sabré explicar — decía Ela—, pero era como un hormigueo muy extraño, pero muy delicioso.

—No hace falta que lo expliques — respondió Teo, con ahogada risa—; yo también lo sentí.

—Tú no lo querrás creer, pero en cuanto regresamos a casa me encerré en mi cuarto, me toqué aquí y... ¡chica qué humedad! Estaba tan a punto, que no tuve más remedio que consolarme como pude; sino creo que estallo.

—¿Qué te consolaste has dicho? — preguntó Teo, extrañada.

—Sí.

—¿Y cómo? — siguió Teo preguntando con la misma extrañeza.

—¡Ay, que tonta! ¿Cómo había de ser, mujer? Así — replicó Ela.

—¿Con el dedo?

—Así.

—¿Metiéndolo dentro?

—Fíjate, de esta manera: con esta mano se abre la rendija y con esta...

—¡Ah!... ¡Bueno, no vayas a repetir el tecleteo delante de mí!

Soltó una pequeña carcajada la hermana menor, y exclamó:

—¡Hay que ver cómo estás, chica! ¡Lo tienes ardiendo! ¡Y cómo palpita el endemoniado pivotito! ¿Estate quieto, nene!

La voz de Teo dijo, suplicante:

—No quites la mano de ahí, nena.

—¿Te gusta?

Teo no respondió, sino que se echó a reir. Su hermana la imitó y dijo:

—Bueno, pero cuando termine, me lo harás tú a mí, ¿eh?

Asintió Teo, y por unos momentos sólo percibí su respiración anhelante y alguna que otra palabra de Ela. Pero al fin, entre suspiros quebrados, la hermana mayor comenzó a suplicar, con tono desfalleciente:

—¡Más, nenita, más!... ¡Sepáralo bien!... ¡Hunde ese dedito! ¡Así, reina, así!

—¡Dame un beso, Ela...! ¡En la boca! Así. ¡Pero sigue...; no te detengas, más aún!... ¡Ay, que delicia...!

Escuchando todas esta cosas, yo estaba ya que echaba chispas, por lo que hube de abrir el pantalón del pijama y dejar que se ventilase algo que amenazaba congestionarse... y algo más.

¡Caramba con Ela, que sabia era, y cómo conseguía enardecer a su hermana mayor con sus caricias sáficas!

La conversación habíase cortado. Sólo los suspiros de placer de Teo y su anhelosa respiración, que iba poco a poco apagándose, llegaban hasta mí.

Y cuando ya suponía que todo había acabado, habló Ela nuevamente:

—¿Verdad que ha sido estupendo?

—Sí — respondió Teo—. ;Pero quién te ha enseñado eso?

—Yo, que lo he leído. ¿Es que tú no lo sabías?

—No.

—¡Qué extraño siendo mayor que yo! Pero aún queda lo mejor, según dicen, aunque yo nunca lo he practicado... porque no he tenido con quien. ¿Quieres que lo probemos ahora?

—¿Pero qué és? — inquirió Teo.

—Ya lo verás, tonta. ¿Tú quieres que lo probemos?

—Lo que tú quieras.

—Bueno — replicó Ela con aplomo — pues entonces tú ponte así. Eso es, pero más separados los muslos. Abrelos cuanto puedas. ¡Ajajá! Ahora yo me coloco así, encimita. ¿No notas cómo se tocan? ¡Qué bien!... Pues ahora no tienes más que moverte como yo lo hago. ¡Ay, chiquilla, qué requetebuenísimo...! Agárrate con fuerza a mis nalguitas y aprieta si nmiedo, Teo. ¡Y muévete màs muévete más, por favor...!

Lo que Teo dijo entonces, y lo que replicó su hermana, jadeantes ambas, fué bien halagador para mi orgullo de conquistador.

Dijo Teo:

—¡Si no puedo más...! ¡Si me faltan las fuerzas...! ¡Ay, nena, si tú fueras él...!

Y argulló Ela:

—¡Si lo fueras tú, chiquilla...!

—¡Ay, que cosa más linda debe de tener el pillo para meterla ahí! ¡Ay que gusto me daría si me la metiera! ¡Empuja reina mía, muévete! ¡Ay si tuvieses lo que tiene él!

—¿Tú se lo has visto?

—Sí; una vez. Estaba abajo en el huerto, arrimado a la pared y yo miraba desde la ventana.

—¡Qué suerte la tuya! ¿Cómo era?

—¡Ay, no me lo hagas recordar! La tenía en la mano. Era gruesa... larga... con una cabeza muy redonda... ¡Ay si ahora la tuviera! ¡Muévete, reina! ¡Empuja! ¡Más... más... me muero... me muero!...

Emocionado y agradecido a su reconocimiento hacia mi persona, no pude hacer menos que brindar como supe a la salud de ambas.

La nocturna charla, con "ilustraciones", que he transcrito, me trajo la evidencia—por si aún lo dudaba—de que las dos hermanitas estaban deseando les hiciera yo lo que ellas, con hábiles simulacros, intentaban entre sí sustituir; y me trazó la pauta a seguir para el logro de mis aspiraciones eróticas. La meta la tenía cercana, y yo caminaba hacia ella como sobre raíles.

Bastó ques que Teo diese un mal paso en uno de nuestros paseos, para que ganase considerable terreno el enemigo.

La chica se quejaba de dolor en el pié y empezó a cojear.

Exagerando el mal en provecho propio, le hice ver que era muy expuesto seguir caminando sin que le examinase la parte dolorida, por si había

habido dislocación.

Ella se sentó en el suelo y comenzó a quitarse el zapato de lona y la media. Yo me arrodillé a sus pies.

Ela, que permanecía de pié a nuestro lado, no se estaba quieta, bailoteando nerviosamente, como una colegiala tímida que no se atreve a levantar el dedito para solicitar cierto permiso.

Por fin, no pudo aguantar más, y exclamó:

—Bueno, mientras vosotros veis eso del pie, yo voy allí, detrás de aquellas retamas... a ver si cojo unas flores.

Y partió, veloz, hacia el sitio que indicaba.

Teo habíase ya despojado de la media. Le examiné el pie. Nada, no más el dolor de la torcedura.

Mas no porque lo hubiese reconocido solté su pie, breve y blanco, sino que cogiéndolo con las dos manos comencé a acariciarlo suavemente, con verdadera delectación.

—¿Hay dislocación?—me preguntó.

—Tengo que verlo aún mejor—respondíle.

Y agachándome más, llevé el lindo piececito a mi boca y comencé a llenarlo de besos. Al besarlo en la planta, Teo exhaló un gritito de placer y lo retiró violentamente, tan violentamente que con el movimiento se le levantaron las faldas hasta las ingles y sus hermosos muslos, que se hallaban muy separados en virtud de la postura, quedaron completamente al descubiierto. En su confluencia, una cantidad mínima de crespón velaba no muy celosamente el tesoro de amor de la nena.

No tuvo Teo tiempo de cubrir aquella divina

desnudez, porque con la voracidad de una fiera me había precipitado sobre aquella carne ebúrnea y mis labios la recorrían depositando en ella besos ardientísimos.

Si no supo bajar a tiempo la faldita, pudo en cambio la ladina, aprovechando mi deslumbramiento, cerrar los muslos y conservarlos muy apretados de modo que cuando de los besos quise pasar a explorar con la mano aquellos rincones paradisiacos, me encontré con que la puerta del amoroso edén se encontraba herméticamente cerrada y su celoso guardián puesto ya sobre aviso.

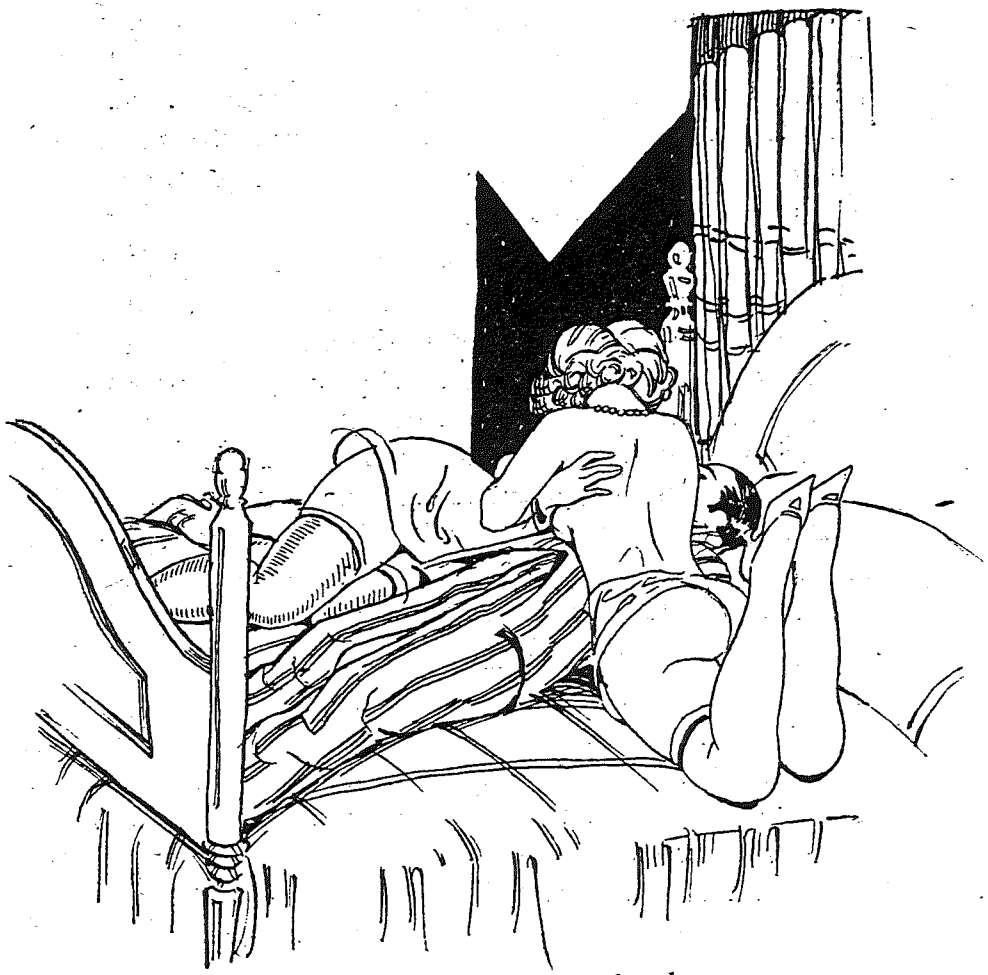
Era, ciertamente, una contrariedad, mas no había que desanimarse por ello. La casa sería, en verdad, muy preciosa, pero ¡caramba, que los alrededores no eran nada despreciables!

Con sibarítica complacencia, la mano exploradora, entrando por la pernera del pantalón, fué acariciando las caderas potentes y el vientrecito de raso, metiendo la punta de un dedo en el hoyito risueño del ombligo.

Descendió luego hasta la maraña sedeña de su vellocino de amor, y en ella se enredaron gustosamente los dedos.

Teo no osaba rebelarse contra mi atrevimiento. ¿Protestas? Ninguna podía salir de sus labios por la razón sencillísima de que los tenía dulcemente pegados a los míos, que le sorbían el aliento perfumado de su boca, como si bebiesen un néctar embriagador. Sus brazos se arrollaban a mi cuello como serpientes.

Del suave triángulo velludo pasé a recorrer, con



...acomodádome entre ambas muchachas...

un leve corrimiento por encima de la cadera, las nalgas pétreas, de agradable frescor. ¡Oh, con qué fiereza se ensañó mi mano en pellizcar aquellos hemisferios de carne fragante! Como un escultor que modelase una estatua dándole forma a la arcilla con la palma de la mano, así recogía yo en el cuenco de la mía con inefable ternura, las redondeces de sus posaderas.

¡Que mala pasada le jugué entonces a la inocentona Teo!

Ingenuamente seguía ésta apretando los muslos, creyendo así vedarme la entrada en el sagrado recinto de su feminidad; pero ignoraba la infeliz que mientras ella concentraba todas sus fuerzas en la puerta principal, la hábil exploradora, deslizándose por detrás, podía penetrar en aquél por la puerta de servicio, completamente indefensa, como así sucedió.

Cuando mi dedo corazón logró establecer contacto con la húmeda y afrodisiaca pulpa, le dije a mi amiguita, sonriendo:

—¿Ves, tontita mía cómo te has esforzado inútilmente? Tú ignorabas seguramente que a Roma se va por todos los caminos.

Sonriendo también, ella me replicó, con donosura:

—Pues ya que por todos los caminos se llega, no seas tonto, y aprovecha ahora que está abierto el camino real y no hay guardias de vista.

Y al decir esto separó los divinos muslos, dejando expedito el acceso a la gruta de la dicha.

Por allí penetró la mano audaz, que luego de

deleitarse acariciando lo slabios gordezuelos, destacó uno, el mayor, de sus dedos, para que éste se sirviese, con su actitud, demostrarle a Teo el agradecimiento al que por su acción habíase hecho acreedora.

Y cuando mayor era la elocuencia del delegado, a la cual íbase rindiendo con deliciosa embriaguez la muchacha, se presentó ante nosotros Ela, que ya había cogido flores, y hasta regado las plantas, la cual nos preguntó con asombro:

—¿Qué hacéis?

No la pude contestar porque me hallaba abrumado de trabajo, pero Teo, respondiendo por los dos la dijo, con voz melosa:

—No nos interrumpas, nena, que pronto terminaremos. Sí, sí... muy pronto... ¡Ya...!

Ela esperó unos momentos, sin chistar, obedeciendo a su hermana; y cuando ésta se incorporó, arrebolada, ella dijo:

—Bueno, ahora me toca a mí.

Y hube de repetir la suerte con la hermana menor. Tú hubieses hecho lo mismo, ¿verdad, lector?

IV

Las prácticas manuales se repitieron cotidianamente, pero con una particularidad que consistía en que, mientras yo trabajaba con una hermana, la otra se entretenía en hacer funcionar un juguete que yo le prestaba, dejando, por broma que me lo sacase del bolsillo del pantalón. Tanto

Ela como Teo tenían gran destreza para manejarlo.

En la variedad dicen que está el gusto, y yo, que soy un practicante convencido de este aforismo, busco siempre la variación con tenacidad incorruptible hasta que consigo hallarla.

Los juegos de manos se me hacían algo monótonos, por lo que un día, tendiéndome sobre la hierba boca arriba, propuse a Teo que se quitase los pantalones y se colocara de rodillas a mi cabeza, dejando que ésta pasase entre sus muslos abiertos.

Me obedeció, y en aquella postura saboreé el gusto de la jugosa y roja fruta prohibida que la hija mayor del señor Ambrosio puso en mi boca.

No fué esto solamente lo bueno, sino la sorpresa que Ela, la inquieta Ela, de poderosa inventiva, me tenia reservada.

Y fué que, mientras su hermana y yo nos entreteníamos en el juego indicado, ella, para amenizarnos la sesión, hizo aquel día del juguete habitual una flauta a la que aplicó sus dulces labios consiguiendo sacar del instrumento sus notas mejores.

Todos los objetivos que me había propuesto teníalos ya conseguidos; todos... mens el último y más glorioso.

El enemigo estaba, sin embargo, tan debilitado, que no era probable pudiese oponer resistencia al avance definitivo.

Y, en efecto, no la opuso, llegado el momento.

Fué un día bochornoso de agosto. El cielo se ha-

llaba encapotado con negros nubarrones que presagiaban la tormenta. En el bosque no se movia una sola hoja y el ambiente se hallaba cargado de electricidad que comunicábase a los seres.

Teo y Ela estaban más melosas que nunca, pero aún no habíamos realizado ninguno de nuestros acostumbrados ejercicios eróticos porque ellas no se atrevían a permanecer en el bosque, asustadas por los preparativos que verificaban los elementos para representar su solemne función. Ella, sobre todo, apremiaba para que regresásemos a casa; su temperamento nervioso empezaba a experimentar honda crisis.

Procuré tranquilizarla por todos los medios. y conseguí al fin que nos sentáramos sobre la hierba.

—Pero hoy nos estaremos quietecitos, ¿eh?—indicó Ela.

Por respuesta metí las manos bajo sus faldas y le quité los pantaloncitos; luego le separé las piernas para besar la roja flor de su sexo.

Para que Teo pudiera recrearnos mientrastanto, saqué la voluminosa flauta.

Mas en aquel preciso instante la luz vivísima de una exhalación nos cegó, y casi simultáneamente sonó un trueno horrísono.

Ela dió un grito de espanto y se agarró a mi cuello exclamando:

—¡No me dejes! ¡No me dejes; por favor! ¡Apriétame contra ti, que tengo mucho miedo! ¡No me sueltes...!

Materialmente se incrustaba en mí. Sus muslos

desnudos se adherían a los míos, y mi cetro viril, al descubierto, sentía el roce enervante de la pelusilla que recubría su montecillo venusino.

La tentación era irresistible, y por ello me hallaba a todo trance dispuesto a penetrar en el nido ardiente de Ela.

Quise con una mano separar las columnas ebúrneas de los muslos de mi amiga, pero con asombro indescriptible que me llenó de alegría, vi que ella facilitaba la operación, a tiempo que decía, presa aún del pánico:

—¡Haz de mí lo que quieras, nene! ¡Haz lo que quieras, pero no me sueltes...!

Su boca se fundió con la mía, y mi puñal de amor penetró en la roja herida con cruel y delicioso ensañamiento... ¡Cómo gozamos, Señor!

Minutos después, completamente calmada Ela, me fué preciso aplicar el mismo remedio a Teo, que presenciando la escena, sin poder tomar parte activa, se hallaba próxima a ser víctima de un ataque nervioso análogo al de su hermana.

Como si aguardara a que acabásemos, por pura galantería, la lluvia comenzó a caer en abundancia apenas había yo guardado el arma homicida y cuando aún ponía Teo en orden sus revueltas ropas.

Hubimos de correr, lo cual no impidió que llegáramos a casa muy mojados.

Las chicas sobre todo...

* * *

¡Era feliz! ¡Había satisfecho mis poderosos anhelos!

Mas cuando la vida nos sonríe nunca sabemos hasta donde puede llegar en el derroche de la felicidad.

Y yo, que creía haber conseguido toda la dicha de este mundo, convine conmigo mismo, aquella misma noche, conque aún no conocía de aquélla ni la mitad.

Tuve esta revelación cuando, a poco de acostarme, oí el chirrido de unos goznes y ví que desde el marco de aquella puertecilla condenada que existía en el tabique divisorio de mi alcoba con la de Teo, una figura gentil me hacía señas para que fuese hasta ella. Era Ela, vestida solamente con una minúscula camisita transparente.

Salté de la cama y corrí hacia mi amiguita presa de indecible deseo, pero ella también corrió de modo que cuando penetré en la alcoba de Teo las dos hermanitas, tendidas sobre la cama ancha y patriarcal—un antiquísimo lecho familiar—me sonreían brindándome la hermosura de sus cuerpos ardientes y de sus sexos tremantes puestos al descubierto.

Trepé al lecho monumental, acomodándome entre ambas muchachas, y Teo, entre besos y risas me dijo:

—Nos hemos vuelto locas buscando la llave de la puerta, pero ¿qué menos podíamos hacer si con ella encontrábamos la felicidad?

¡Teo, Ela! ¡Qué buenísimas eran y qué desinteresadas!

Durante todo lo que duraron las vacaciones, yo gocé simultáneamente de las delicias de sus cuer-

pos, y nunca, ¡nunca! hubo en ellas el menor altercado ni el más mínimo asomo de celos o de envidia.

* * *

¿Mis proyectos literarios?

No los puse en práctica hasta el invierno, cuando Teo y Ela, retenidas en la ciudad por sus estudios solamente hacían su aparición en San Ramón del Pinoverda los domingos, día en el que los tres nos desquitábamos del hambre carnal que nos consumía durante el resto de la semana.

Miento, porque muchas veces, como San Ramón del Pinoverde está sólo a cincuenta kilómetros de la capital y como que en él, dado lo benigno de su clima, no hay ningún enfermo que precise de una asistencia facultativa constante, cojo mi cacharrito—que sólo con este objeto he comprado—y bajo a la ciudad a ver y a gozar a mis dulces queridas.

¡Ah! Y siempre que en el pueblo me cruzo con el chaval que me indicó la casa del estanquero para hospedaje, le dirijo una mirada enternecida de afectuosa gratitud.

—Güenos puros se debe usté fumar, ¿eh, señor dotor?—me dijo un día que cruzamos algunas palabras.

El muy ingenuo ignora, claro está, que no soy yo precisamente, de entre las personas de la casa, quien se los fuma.

Y eso que el señor Ambrosio, que tiene a mucha honra mi amistad, tiene puestas las existencias de su establecimiento a mi disposición.

F I N